

EL BOOMERANG DE MARX

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

CUALQUIER observador político sabe que no hay polémica de principios químicamente pura y que cualquier respuesta ideológica no es más que una respuesta a medias. Detrás o al lado de cualquier debate ideológico, lingüístico o semántico hay siempre un problema político de fondo que no emerge de momento o que prefiere aparecer en la superficie recubierto bajo ropajes ideológicos. Alguien que conocía bastante bien la ciencia y la praxis política, que ahora no está de moda citar, señalaba muy a menudo a comienzos de siglo la importancia de la diferencia de matices para un partido obrero. De ahí que sea interesante aproximarnos al trasfondo político que pudiera existir en la polémica marxista que hoy divide al PSOE si no queremos correr el riesgo de "bizantinizar" una lucha ideológica que precisamente no tiene nada de bizantina.

Antes hay que saludar como bastante positivo este proceso de clarificación interno en el seno del socialismo español. Si durante meses la izquierda ha pedido, sigue y seguirá pidiendo una definición ideológica de Unión de Centro Democrático, lógicamente acoge hoy con satisfacción la ruptura de la ambigüedad ideológica en la que se movía el PSOE. Porque para cualquier elaboración táctica y estratégica es im-

prescindible saber a qué lado de la raya divisoria marxista se sitúa este centenario partido. No hace falta decir que todo varía en el tablero político si se coloca la dama socialista más allá o más acá. Y si no, que se lo pregunten a los medios de comunicación, todos en manos de la derecha, que el martes 22 descubrirían la "talla política y moral" de Felipe González inmediatamente después de dos meses de calumnias diarias y sistemáticas contra el PSOE.

Igualmente hay que volver a señalar, como afirmábamos la semana anterior, que los socialdemócratas han vencido plebiscitariamente en el vigésimo octavo Congreso, después de haber sido ampliamente y democráticamente derrotados. La designación de una Comisión Gestora, encargada de preparar el referéndum para Felipe González, es la prueba de que los marxistas no consiguieron el verdadero objetivo político de toda lucha política: la consecución del poder político. Más aún. Un nuevo Congreso volverá a redefinir la ideología del partido aprobada por sus dos terceras partes. Los debates y decisiones de los cuatro históricos días de mayo son marginados deteriorando la imagen democrática bajo la que habían transcurrido estas reuniones políticas. Al final, el Congreso socialista acababa como los congresos de cualquier parti-

do, con la victoria del aparato que lo organizaba, dejando la duda de esta distorsión final de si la indudable libertad de debate obedeció a una profunda convicción político-ideológica de corte democrático o a una no menos profunda incapacidad orgánica para controlarlo.

Parece claro, asimismo, que a pesar del tesón y energía del sector marxista el próximo Congreso extraordinario ratificará ampliamente este triunfo. La calumniosa campaña difamatoria contra los disidentes marxistas, las maniobras del aparato personal del señor Guerra en las agrupaciones, la elección de delegados por federaciones en lugar de por agrupaciones, el "tour" presidencial de Felipe González por todas las provincias, las maniobras de la Comisión Gestora como la habida estos días en Valencia, la presión política y financiera de la II Internacional y la incoherencia político-ética de Felipe González —que dimite como primer secretario pero no de una de sus principales atribuciones como es la de ser portavoz parlamentario— no dejan ningún lugar a dudas sobre el resultado de este nuevo Congreso.

Sin embargo, en absoluto hay que perder de vista la última batalla de los marxistas en el seno de esta organización. Quizá sea la principal lucha política de aquí al oto-

ño. Buen índice de ello es cómo la prensa, a pesar de contar con suficientes tensas noticias, sigue paso a paso el calendario de su preparación. Por la sencilla razón de que no tiene el mismo valor político que los marxistas logren un 15 por 100 de votos o que oscilan entre el 30 y el 40 por 100 como tampoco es indiferente que en la nueva Ejecutiva aparezcan representados o no. Marx, en el segundo caso, sería un auténtico "boomerang" contra la política y las perspectivas de los socialdemócratas que carecerían de la libertad de movimientos para meter al PSOE en las combinaciones políticas de la burguesía. Así, Marx, antes de ser completamente defenestrado, podría atar las manos, o las manos y los pies, de Enrique Múgica, Alfonso Guerra y Felipe González.

Tres tipos de centro izquierda

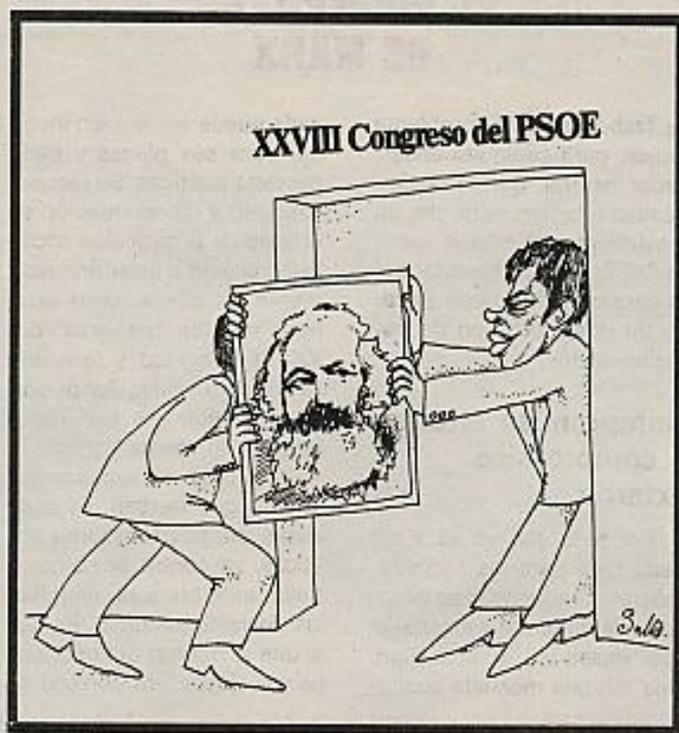
Porque lo que hay que resaltar del anterior Congreso es la firme negativa de estos tres nuevos mosqueteros de la socialdemocracia a cualquier solución de síntesis, tanto en lo que se refiere a la definición ideológica como en lo que se refiere a la representación de todas las tendencias históricas del socialismo español en el seno de la Comisión Ejecutiva. De ahí que un viejo "routier" de



la política, como es José María de Areilza, haya escrito estos días que "no me convence el argumento ético invocado como justificación. Que se diga a la manera francesa, 'reculer pour mieux sauter', sería una explicación de habilidad táctica encaminada a retirarse ahora para dominarlo todo después en el próximo Congreso".

Partiendo de esta hipótesis, la inmediata pregunta es interrogarse por qué el sector socialdemócrata tiene necesidad de "dominarlo todo" y de romper toda una trayectoria histórica de coexistencia entre las dos almas del socialismo español. Y la explicación, fuera de simplificaciones psicológicas, tiene ineludiblemente que referirse a la específica coyuntura política, económica y social por la que atraviesa el país. Un Gobierno tan incapaz como impotente, un proceso inflacionario agudo y crónico y una creciente bipolarización social es el marco en el que se encuadran distintas operaciones de recambio gubernamental por parte de los círculos financieros del país (ver el interesante trabajo sobre estas maniobras de Manuel Campo Vidal en el anterior número de TRIUNFO).

Si se descarta la opción involutiva, al menos por el momento, la única salida pasa por la resurrección del centro izquierda independientemente de quién lo encabece. En reiteradas ocasiones, sobre todo en el período anterior al proceso electoral legislativo, hemos explicado desde estas mismas páginas cómo esa línea era el hilo conductor del proceso democrático para tener que extendernos en más argumentaciones. Y en toda esa operación es "sine qua non" la colaboración de los socialistas. Tentación política que siempre han tenido los socialdemócratas, nunca los marxistas, que siempre se han opuesto a tal hipótesis antes, en y después de las elecciones, y que bien pudiese estar presente en las súbitas prisas por liquidar el marxismo



cuando han venido dirigiendo la organización con la misma definición y una ponencia ideológica-política algo más endurecida que la aprobada en este reciente Congreso.

De ser así sería explicable el intento de barrer a los marxistas anticipando en mejores condiciones para ellos la batalla que pudiesen dar en el momento de plasmarse tal posibilidad. Porque si desde un ángulo marxista podría ser discutible un Gobierno de coalición de centro izquierda, en base a unos resultados electorales mayoritarios, desde ese mismo enfoque es completamente indiscutible que tal fórmula de centro izquierda, aquí y ahora, sería una trampa para la izquierda del mismo calibre que hubiese sido entrar en el Gobierno de coalición después del 15 de junio de 1977. De estos tres tipos de coalición —el negativo de antes de las últimas elecciones, el positivo-negativo de las elecciones o el negativo después de las elecciones—, este último sería el menos aceptado y aceptable por los marxistas. La presencia del PSOE daría un aval de izquierda a una política de derechas y provocaría la descomposición del propio partido sin jugar siquiera el papel de factor es-

tabilizador, porque los sectores reaccionarios manipularían la presencia socialista en el Gobierno para incrementar su sabotaje del proceso democrático.

Por supuesto que nunca se debe ni se puede hacer un proceso de intenciones en un análisis político. Pero los delegados socialistas no harían nada mal en su próximo Congreso en discutir algo tan vital para un partido como es una política de alianzas. Elemento indispensable de esa discusión sería el estudio detallado de esta hipótesis de coalición de centro izquierda —independientemente de que entre o no en los cálculos de los socialdemócratas—, y una resolución sobre su viabilidad o no para el socialismo español. Porque todavía más peligroso para el porvenir del PSOE que el abandono del marxismo sería no elaborar esta política de alianzas dejando un amplio margen de flexibilidad a la dirección.

El peso de UGT

Pieza clave en esta incógnita política, nos referimos a la amplitud y alcance de la victoria de los socialdemócratas, es la postura de la

Unión General de Trabajadores. De consumarse ampliamente el triunfo de los socialdemócratas, los principales perjudicados van a ser los propios sindicalistas socialistas. Si en las primeras elecciones sindicales no pudieron rentabilizar el prestigio político del PSOE, en las próximas sí van a sufrir las consecuencias del abandono del marxismo. Por encima de las disquisiciones bizantinas o académicas sobre la crisis del marxismo es evidente que para el mundo obrero el mantener o abandonar este adjetivo es toda una cuestión sustantiva. Su tremendo valor simbólico ya fue señalado en el reciente Congreso por el delegado minero que recordó a Felipe González el abecé del marxismo en el debate de la ponencia político-ideológica.

Precisamente una de las grandes incoherencias de este XXVIII Congreso, repleto de un catálogo de ellas, ha sido la defensa de la enmienda antimarxista en el Pleno por uno de los dirigentes de UGT. Era realmente paradójico, para alguien que conozca el movimiento obrero de nuestro país, ver a Joaquín Almunia defendiendo una moción que de aprobarse sería realmente catastrófica para la Unión General de Trabajadores. Ni hay que decir que la hegemonía de CC. OO. quedaría ampliamente confirmada con el abandono del marxismo. No sólo el 60 por ciento del sindicato comunista que vota PSOE se decantaría en sentido PCE, sino que la distancia entre los dos sindicatos alcanzaría características abismales. Porque es justamente la resolución de esta contradicción de voto en el seno de la clase obrera la que va a determinar definitivamente la correlación de fuerzas en el bloque político-social de la izquierda.

Pero, de momento, la decisión final de UGT va a inclinar la balanza. Para el sector socialdemócrata es vital contar con una parte del movimiento obrero en sus manos. Al igual que el 40 por 100 de

EL BOOMERANG DE MARX

los militantes del SPD germano, del 90 por 100 del Labour o del 60 por 100 de los socialistas suecos son sindicalistas, los socialdemócratas españoles necesitan de UGT. De lo contrario, en España la socialdemocracia sería poco más que una potente corriente de opinión ampliamente extendida en medios técnico-profesionales y en círculos de intelectuales ex revolucionarios desencantados y escépticos. Para que sea algo más que una superestructura ideológica al sector socialdemócrata del PSOE le es imprescindible el concurso de la Unión General

de Trabajadores. El problema radica, para cualquier observador neutral, que la socialdemocracia necesita de un movimiento de masas como es UGT, y en la medida que lo consiga UGT puede entrar en un grave proceso de autoeliminación.

Compromiso interno o compromiso externo

Por todo ello no va a ser nada fácil para los socialdemócratas redondear su victoria en la amplitud y extensión que desearían y necesitan. Una minoría marxista cualifi-

cada puede ser el gran incordio para sus planes y perspectivas políticas. Su reconocimiento y representación en el seno de la dirección socialista volvería a dejar prácticamente las cosas como estaban en las vísperas del XXVIII Congreso y rompería "ipso facto" cualquier posibilidad política que tuvieran o tengan "in mente".

Y es que el compromiso interno que buscan los marxistas, por obvias razones políticas, va contra el compromiso externo que estudian los socialdemócratas. Es por lo que si Helmut Schmidt tiene sus "jusos", Mitterrand su

Ceres y Olof Palme su Meidner, Felipe González no puede tener en este momento a Luis Gómez Llorente. Este pluralismo interior de los partidos socialistas difícilmente puede encontrar ahora su reflejo en la dirección del PSOE dada la específica coyuntura política crítica. Sólo una rotunda victoria socialdemócrata eximiría de la necesidad de este compromiso interno y dejaría el camino allanado, si fuese necesario, para el compromiso externo.

De esta manera la polémica sobre Marx, lanzada probablemente para una determinada operación política, podría acabar convirtiéndose en el "boomerang" que la paralizase en su gestación. La respuesta estará en los porcentajes de cada sector ideológico en el próximo Congreso. Cabe afirmar que en la medida que se llegue, si es que se puede llegar antes o después de esta reunión extraordinaria, a un compromiso interno quedará excluido el compromiso externo. El interregno socialista dilucidará qué tipo de compromisos prefiere: el interno, que consolida al PSOE, o el externo, que sin ninguna duda abre el camino al desarrollo y potenciación del PCE. En ningún lugar está escrito que el PSOE tenga que ser el partido hegemónico de la izquierda. En la vida, y menos en la político-sindical, no hay ninguna receta escrita de una vez para siempre: hacer vivir y crecer un partido o un sindicato no es hacer un "pudding". Y que nos sea perdonada la impertinencia de la expresión si recordamos que el viejo Engels, que algo tuvo que ver con el programa máximo del PSOE, afirmaba que la sola prueba para saber si el "pudding" ha salido bien es comerlo. Así ocurre con las formas organizativas político-sindicales, cuya eficacia y utilidad se conocen en el trabajo y en la práctica. ■ F. L. A.

Andalucía Triple terrorismo

AL pueblo andaluz le toca siempre la china negra. Le llega ahora ese terrorismo extraño, desestabilizador, de los siniestros grapos. La violencia se vive en Andalucía a tres bandas: la que procede, de rechazo, de Euskadi; la producida en terreno propio y el otro terrorismo, ya secular en el Sur, que se conoce y se sufre con el nombre de paro.

Algún día habrá que hacer una reflexión seria, serena, sobre los andaluces que mueren en Euskadi, los andaluces, mano de obra para todos, fregantines en los restaurantes de Hamburgo, hasta agentes del orden público, profesión a la que se han visto abocados muchos jóvenes.

Los grapos aparecen de tarde en tarde por Andalucía. Se sabe que células de la organización se mueven desde hace algún tiempo entre Cádiz y Sevilla. Desde el día 10 de mayo, Sevilla es un blanco mortal de los grapos. Ese día cae asesinado el policía nacional Juan Manuel Torres y otro compañero, Juan Torrebejano, es herido de gravedad. Días después, una bomba de seis kilos destroza la sede sevillana del PSA; se salvan milagrosamente cinco personas que se encontraban en el lugar andalucista de la calle Sierpes. El día 25, en otro tiroteo entre la Policía y miembros del GRAPO, en el polígono de San Pablo de Sevilla, se registran dos nuevas víctimas: un inspector de Policía, Damián Seco Fernández, y un joven de dieciocho años, Antonio Cívico Mendoza, que casualmente pasaba por el lugar. Dos miembros de la organización, que actuaba en Sevilla, caen muertos el día 26 en un enfrentamiento con la Guardia Civil, en la provincia de Teruel. También ese día, otro grapo es detenido en la

capital hispalense, declarándose autor de los últimos atentados.

Situado en esta misma banda de terrorismo en campo propio, Andalucía tiene también esa lacra de violencia de la extrema derecha: los que disparan a la sede de los partidos, los que queman el coche del diputado del PSOE José Vida Soria, lo que lanzan cócteles Molotov contra las casas de militantes de izquierdas, los que provocan las manifestaciones y queman banderas andaluzas, los pistoleros sueltos con patentes de corso, tan conocidos en Málaga, Sevilla y Córdoba, de la violencia derechista jamás se dan noticias. Suelen ser, a veces, nombres muy sonoros, que chulean su inmunidad por las calles de nuestros pueblos.

El terrorismo del hambre es el más grave: la violencia del caciquismo, del analfabetismo, la violencia planificada para lanzar a un pueblo al paro y la emigración, los pueblos que quedan en el Sur, sin luz en las casas; pueblos enteros aislados, sin teléfono, sobre los que se practica este otro terrorismo solapado y cruel del abandono.

De todos los terrorismos, el del subdesarrollo es el que más mata. Cuando aquel trabajador de hostelería se tiró de un balcón, desesperado ante la situación laboral del gremio, ¿fue aquello un suicidio? Fue, ni más ni menos, que un atentado terrorista. ¿Y no es también un atentado terrorista que los trenes se llenen de andaluces, como deportados de su tierra, para trabajar en la vendimia francesa? Cuando los gobernantes hablen de combatir el fenómeno terrorista, no se olviden de atajar como tarea prioritaria la violencia institucionalizada que es el paro. ■ A. RAMOS ESPEJO